

Barrios populares viejos pero buenos,
o cuando la antigüedad no es decadencia.
Un caso de gentrificación sin expulsión
en Pudahuel, Santiago de Chile

Francisco Sabatini,
Luis Valadez
y Gonzalo Cáceres¹

INTRODUCCIÓN

La gentrificación es una forma de desarrollo urbano de fuerte expansión a nivel internacional con implicaciones para nuestras ciudades de América Latina. Hay una animada discusión en torno a los efectos sociales de la misma, siendo mayoritarias las voces que la ven como negativa, aunque los puntos de vista alternativos, signándola más bien como un proceso abierto y con efectos también positivos, van tomando fuerza.

¹ Francisco Sabatini y Gonzalo Cáceres son profesores del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales e investigadores del Centro de Desarrollo Urbano Sustentable, CEDEUS, de la PUC-Chile. Luis Valadez es investigador del proyecto PAPIIT IN403314 “Gentrificación en la Ciudad de México” de la UNAM. Los autores agradecen el apoyo para la realización de esta investigación al proyecto CONICYT/FONDAP 15110020 Chile. Una primera versión de este trabajo fue presentado en el seminario “Espacio público, multiculturalismo e interculturalidad: diálogos para un mundo diverso”, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, octubre 2012, ciudad de México.

La gentrificación presenta formas peculiares en nuestras ciudades, y dos de ellas —su carácter periférico y la seguridad jurídica en la tenencia de la vivienda de los residentes amenazados de desplazamiento— hacen crecer las oportunidades de que pueda tener lugar una forma de “gentrificación sin expulsión” que pudiera contribuir a la integración social urbana.

Destacaremos, por otra parte, los patrones culturales, que en nuestro medio exhiben significativos espacios para mayores grados de mezcla social en el espacio, como lo confirman nuestros estudios recientes en cinco ciudades chilenas, incluida Santiago, con base en encuestas a muestras estadísticamente representativas.

Hemos escogido una “frontera social” emanada de una experiencia de gentrificación acaecida recientemente en una zona popular tradicional en el municipio de Pudahuel, hacia el Occidente de Santiago. Apenas separados por una estrecha calle, El Tranque, los viejos residentes en programas de vivienda social, incluidos los de “casetas sanitarias” basados en la autoconstrucción, y los residentes recién mudados a nuevos condominios, han construido una banda fronteriza cargada de preguntas, tan ambigua como sosegada, que nos suscita preguntas acerca del futuro de ese trozo de ciudad.

¿Cómo perciben y tasan los viejos “pobladores”² estos condominios? ¿Qué valor les atribuyen para sus vidas y para sus viejos barrios populares? ¿Qué ha motivado a los recién llegados a localizarse sin recurrir a guardias ni rejas tan próximos a los barrios populares?

Este caso de estudio nos permitirá ordenar algunas reflexiones sobre el nuevo desafío urbano que enfrentan muchos barrios populares autoproducidos surgidos durante el medio siglo preterito de las ciudades chilenas. ¿De qué modo los barrios popula-

² Denominación dada en Chile a los residentes de “campamentos” (asentamientos informales originados en invasiones de tierras) y a los residentes de conjuntos de vivienda social.

res han capitalizado y pueden capitalizar la cambiante geografía de oportunidad de la ciudad?

Según su situación de segregación residencial y la mutación de ésta a través de los nacientes procesos de gentrificación y otras fuerzas, emergen nuevas pero desiguales posibilidades de progreso material y de acceso al trabajo y los servicios. Alrededor de la calle El Tranque parece pervivir, quizás con mayor profundidad, la vieja identidad barrial popular pese a la relocalización de nuevos residentes de ingresos superiores o, tal vez en parte gracias a ello.

Los barrios populares suelen ser objeto de severo cuestionamiento. La sospecha respecto a la idoneidad ética de sus habitantes se reproduce bajo la forma del prejuicio, incluso cuando han conseguido una considerable consolidación material. De así necesitarlo, la sociedad urbana puede mascullar sus prejuicios sociales hasta convertirlos en estigmas territoriales específicos y dañinos para esos grupos de personas, también específicos.

Cuando se produce dicha transición hacia las formas subjetivas de segregación —aquellas que se organizan como sucesión de imágenes de barrios “exclusivos” y otros “peligrosos” o “malos”—, es más probable que los fenómenos de “guetización” sean difíciles de evitar. A diferencia de lo que piensan muchos renovadores urbanos que confunden desarrollo parsimonioso con obsolescencia inexorable, los barrios populares son mucho más que un recipiente inmovilizado; que una fotografía envejecida o una historia pasiva.

La planificación urbana parece desafiada para controlar los procesos expulsivos que muchas gentrificaciones pudieran incoar. Forjar una ciudad heterogénea pero cohesionada no es una utopía. Nos asiste el convencimiento de que un camino concreto y práctico para ir forjando una nueva geografía social es la “gentrificación sin expulsión”.

La frontera social que representa la calle El Tranque parece tener el espesor de un ecotono para la Ecología, allí donde la diversidad biológica es mayor y también la inestabilidad y la

creatividad. ¿Se erigirá como localía de un “orden emergente” premonitorio de una nueva ciudad en que la copresencia entre los desiguales pueda irse transmutando en una diversidad social fundante de formas noveles de integración social? ¿Será, finalmente, expresión de un auténtico urbanismo en que la ciudad *per se*, como tejido urbano, es capaz de cobijar procesos de integración antes que ser mera expresión espacial de desigualdades o simple impacto territorial de la globalización, explicaciones predominantes en los enfoques estructura listas de uso habitual?

Después de discutir el concepto de gentrificación y su realidad latinoamericana (Sección 1), describiremos las posibilidades de integración social que se desprenden de las percepciones y actitudes que los grupos populares de Santiago tienen sobre el contacto con grupos medios y altos, de acuerdo con estudios recientes (Sección 2). En la Sección 3 revisaremos brevemente la formación de los barrios populares de Pudahuel en Santiago, y destacaremos algunos nudos y procesos concurrentes para mejor entender nuestro caso de estudio. Luego, en la Sección 4, ordenamos las percepciones cruzadas de los vecinos en los dos lados de la frontera social que hemos elegido para estudiar en la Sección 5, anotar nuestras conclusiones e implicaciones de política, lo mismo que algunos requerimientos de investigación.

SECCIÓN 1. GENTRIFICACIÓN SIN EXPULSIÓN, UNA POSIBILIDAD

La gentrificación en Pudahuel es un proceso que apenas asoma. Sin embargo, corresponde a una etapa avanzada de despliegue en el espacio urbano de una peculiar dialéctica: aquella entre liberalización de los mercados de suelo y desarrollo de la promoción inmobiliaria.

Desde la reforma económica neoliberal de finales de los años setenta y los vastos programas de obras públicas que han procurado convertir a Santiago en ciudad global y competitiva, el

capital inmobiliario se ha fortalecido y concentrado. Orientada a la maximización de las rentas del suelo, esto es, a capitalizar una diferencia lo mayor posible entre precio pagado por el suelo y precio cobrado por el mismo a los compradores de superficies residenciales, comerciales o de oficinas, la promoción inmobiliaria está transformando en forma radical el patrón tradicional de segregación de la ciudad.

Entre los factores culturales detrás de esta modificación del patrón de segregación, destaca el siguiente: la “ciudad de país desarrollado” a la que típicamente han aspirado las elites como parte de su inveterada “dependencia cultural” se ha ampliado geográficamente desde los conos de alta renta a la ciudad como un todo —desde el trozo de ciudad de país desarrollado que representaban esos conos— a la actual ciudad global y competitiva.

De contar con los servicios e infraestructura urbana mínimas, especialmente “de línea”, como autopistas y tendidos de fibra óptica, y con una mínima escala de homogeneidad social que les provee el diseño del condominio residencial, los grupos de elite y de clases medias ascendentes pueden dispersarse desde el cono hacia el resto de la periferia, o incluso hacia áreas centrales o pericentrales que habían rehuido durante pasajes del siglo xx.

Al mismo tiempo, con la precarización del empleo y el debilitamiento de los lazos políticos entre pobladores y partidos propios de estos tiempos, “ha pasado a ser prioritario para los hogares populares mejorar su localización al interior de la ciudad”.³ La dispersión espacial de las elites y la “inclinación estructural” de los grupos populares por penetrar la ciudad y acercarse a los lugares centrales o a las áreas residenciales de mayores ingresos, han sido las dos fuerzas principales de transformación del patrón de segregación de Santiago (Sabatini y Cáceres, 2004).

³ En una encuesta estadísticamente representativa de la población de las tres principales ciudades chilenas, registramos la alta prioridad otorgada por todos los grupos sociales y no sólo por los estratos populares, a una mejor localización de la vivienda social por sobre otros atributos, como su tamaño (Encuesta ProUrbana, 2006).

La bienvenida que los residentes de los barrios populares de Pudahuel parecen estar dando a los condominios residenciales “gentrificadores” en esta zona formada históricamente por la ocupación de suelos por grupos populares organizados y que llegara a ser uno de los enclaves fuertes del Partido Comunista en la ciudad, es nuestra paradoja empírica.

Como veremos con detalle más adelante, la encuesta de nuestro estudio Anillos 2⁴ y nuestras entrevistas a residentes de los barrios populares y de los nuevos condominios de clase media articulados en la calle El Tranque, nos lo corroboran: se registra allí una mezcla entre “cultura popular” con claros contenidos “clasistas”, por una parte, y aspiraciones de integración y movilidad social, por otra. De hecho, estas últimas siempre habrían sido el trasfondo aspiracional de los “pobladores”, aún en los momentos de mayor radicalización del llamado “movimiento de pobladores” (Sabatini y Wormald, 2004).

Por otra parte, la cultura de clase que se respira en los barrios populares de Pudahuel hoy se conecta, a veces como realidad y siempre como amenaza, con la entronización del gueto —esa conjunción de formas de desintegración social (deserción escolar, embarazo adolescente, violencia y crimen, drogadicción y tráfico de drogas)— que se escalonan y retroalimentan en variaciones aún no develadas por la investigación social y que terminan por destruir o debilitar radicalmente los viejos barrios populares como mecanismos, aunque lentos y precarios, de integración social.

Hay un segundo factor cultural que posiblemente esté sustentando la transformación del orden segregado tradicional de nuestras ciudades latinoamericanas, complementario al despliegue de los sueños de modernidad desde los conos a la ciudad global. Se relaciona, justamente, con los cambios que están

⁴ Cuyos resultados se recogen en Sabatini, Wormald, Rasse y Trebilcock (2013).

afectando a las identidades sociales de las personas de distintos grupos.

Entre las clases medias destacan los jóvenes profesionales, donde abundan los que están formando hogares o mudándose a una nueva residencia. Ellos parecen construir la identidad con que comparecen en la vida social y laboral con un mayor grado de prescindencia respecto a la composición social de su entorno residencial de gran escala, en comparación con el pasado. En código local de Santiago, vivir en el “barrio alto” (agrupación de municipios del Noreste en que se fueron concentrando los grupos de elite durante el siglo XX) ya no es obligatorio para las personas de los grupos medios ascendentes. Hoy se abre un abanico de alternativas para ellos, más allá de que aún sean una minoría los que optan por ellas.

Se trata, por lo demás, de un cambio internacional. La identidad, tan clave hoy para establecer vinculaciones y construir oportunidades, ya no dependería como antes de los sentidos de pertenencia y estabilidad en un puesto de trabajo o de un vecindario (Bauman, 2007:71). Por el contrario, se dice que las identidades requeridas hoy por la sociedad capitalista son “líquidas”, sin rigideces derivadas de proyectos personales de largo plazo (Bauman, 2006). Lo que el nuevo capitalismo necesitaría, argumenta Sennett, son personas sin ataduras con el pasado ni lealtades que lo fijen al territorio, individuos perfectamente movibles y disponibles (2006).

Entre las clases populares, en cambio, la composición social del entorno residencial ha cobrado fuerza y se profundiza como desventaja. Los estigmas territoriales se multiplican y se hacen más fuertes y afectan a más y más barrios populares. Especialmente cuando son más céntricos, dichos estigmas pueden alimentar el negocio inmobiliario al exacerbar las “brechas de renta” del suelo.

La estigmatización de los barrios populares es factor contribuyente a la instalación del fenómeno del gueto allí, tal vez el principal flagelo asociado a la segregación espacial de las clases populares en la ciudad latinoamericana.

En tal contexto, se puede entender que la llegada de condominios de clase media o alta a la periferia popular despierte interés y hasta buena acogida entre los residentes de estos barrios. La menor importancia que tiene el entorno socioeconómico residencial para unos se combina con la significación que tiene para los otros, haciendo posible la aproximación de ambos en el territorio. Debe señalarse que dicha aproximación, estimulada por los procesos de gentrificación, no amenaza la homogeneidad social de pequeña escala de las áreas residenciales. Los “pobladores” siguen viviendo entre sus iguales, y lo mismo puede decirse de los que se mudan a los condominios cercanos.

Pero en los espacios públicos del sector —nuestra calle El Tranque, especialmente— tienden a converger personas de los dos lados, aunque ello sea aún poco frecuente y cruzado por la cautela: ¿qué tipo de espacio público se está construyendo allí?, ¿es razonable proyectar su fortalecimiento? La ciudad, sin duda, es una suerte de taller de integración social donde quienes viven en áreas más mezcladas suelen ser más sociables e “inclusionarios”, sin importar la dirección de esta causalidad sino el hecho de que tiende a establecerse una retroalimentación entre mezcla social en el espacio y civismo.

Nuestra convicción es que la “gentrificación sin expulsión” en la ciudad de América Latina es enteramente posible. Muchos proyectos gentrificadores se instalan en la periferia urbana, donde existen terrenos vacantes para recibir a los “gentrificadores”, sin necesidad de erradicar residentes. Por otra parte, debe contarse la seguridad de tenencia del suelo de estos últimos en comparación con los residentes de áreas bajo gentrificación en ciudades de países desarrollados.⁵ Es más, incluso en ciudades del mundo desarrollado el desplazamiento podría no ser una consecuencia inevitable de la gentrificación —como lo han registrado empíri-

⁵ Estas dos peculiaridades son tratadas con más detalle en Sabatini, Vásquez, Robles y Rasse (2010).

camente Freeman (2006), Freeman y Braconi (2004) para Nueva York y Vigdor (2002) para Boston.

Otra discusión clave se refiere a la reacción de los residentes de clases populares frente a la gentrificación. En casi toda la literatura el punto de vista que destaca es la resistencia de los residentes, y no pocos autores coquetean con la imagen de la lucha de clases. Según Neil Smith, la gentrificación corresponde al “frente residencial principal de un esfuerzo mucho mayor: la reconstrucción clasista del paisaje urbano central” (1996: 39).⁶ Es cierto que en las ciudades y sus mercados la disputa por el control del suelo, en tanto se resuelve en favor de los mejores pagadores, está asociada a las diferencias de clase. Sin embargo, tiene especificidades espaciales y geográficas que la alejan de ser un mero reflejo de la disputa entre las clases.

De la misma forma, los conflictos ambientales locales, destacada mente los que suscitan los proyectos *nimby* (*Not In My Back Yard*), no pueden reducirse a enfrentamientos de clase. En Sabatini y Wormald (2004) hemos estudiado conflictos ambientales en Santiago que dieron lugar a organizaciones pluriclasistas de resistencia a los *nimby*, de medida importante debido a las peculiaridades del ordenamiento socioespacial de la ciudad.

A nuestro juicio, el argumento del rechazo de los residentes originales a la gentrificación debe ser escrutado empíricamente. El tenor de esa resistencia, o las razones de la ausencia de ella, definirán en buena parte las posibilidades de que la gentrificación sin expulsión pueda contribuir a la integración social urbana.

Para ello nos ha parecido oportuno analizar las percepciones y actitudes que tienen los residentes de los estratos populares de Santiago sobre los residentes de mayor condición social y sobre la aproximación espacial entre las clases sociales. Los datos provienen de la encuesta a sobre mil hogares del Gran Santiago que

⁶ “Gentrification [...] has become the leading residential edge of a much larger endeavor: the class remake of the central urban landscape” (Smith, 1996: 39).

es parte del proyecto Anillos 2.⁷ Luego reportaremos nuestros hallazgos de terreno en El Tranque basados en entrevistas a residentes “pobladores” y “gentrificadores”.

SECCIÓN 2. DISPOSICIÓN A LA INTEGRACIÓN SOCIAL

RESIDENCIAL ENTRE LAS CLASES POPULARES DE SANTIAGO

La segregación social del espacio hasta conformar vastas zonas populares homogéneas en lo social fue el resultado histórico del fortalecimiento de los mercados de suelo de la ciudad. Incluso las “tomas” de terrenos, forma de acceso al suelo ilegal y por lo general vinculada con agendas políticas de izquierda o transformación social, tendieron a ajustarse a la lógica de mercado. Según la aguda observación de Alfredo Rodríguez, los suelos invadidos no debían ser tan caros como para hacer probable la represión y, finalmente, la reversión de las ocupaciones por parte de la policía —y el suelo es barato en una ciudad, asevera otro destacado urbanista latinoamericano, Martim Smolka, donde viven los pobres. Así, las organizaciones de pobladores, revolucionarias o reformistas, contribuían a profundizar el patrón tradicional de segregación residencial de Santiago.⁸

En otras ciudades de América Latina, donde las ocupaciones ilegales de tierras fueron posiblemente menos politizadas que en Chile, el resultado fue una menor segregación. La proliferación de asentamientos informales en ausencia de regulaciones alcanzó incluso a zonas de clase media, destacan Roberts y Wilson, lo que condujo a que la presencia de barrios de vivienda homogénea,

⁷ Muestra estadísticamente representativa de 1 020 hogares del Gran Santiago que fue parte de una encuesta a 2 526 hogares de tres ciudades chilenas realizada en 2011 (Sabatini, Wormald, Rasse y Trebilcock, 2013).

⁸ Sólo bajo Salvador Allende (1970-1973), quien declaró al inicio de su gobierno que no reprimiría a las organizaciones del pueblo se verificaron importantes “tomas” en el corazón del “barrio alto”, zona de casi total concentración de los grupos de altos ingresos.

como los que predominan en los suburbios de las ciudades de Estados Unidos, fueran la excepción (2009: 7). De esta forma, los barrios urbanos de América Latina han exhibido una heterogeneidad social mayor que los de Estados Unidos, a pesar de las mayores desigualdades de las primeras ciudades (Sabatini, 2003; Roberts y Wilson, 2009: 8).

En Santiago, y en general en las ciudades chilenas, la segregación residencial de los grupos populares fue tal vez más marcada que en otras ciudades latinoamericanas por el nivel de radicalización política del llamado “movimiento de pobladores”, así como por el desarrollo temprano de un sector inmobiliario privado. Para la época en que se formaba el actual Pudahuel como área de la ciudad a través de “tomas” y programas de vivienda social (1940-1960), predominaban en los negocios privados los loteos, legales o “brujos”, en cuanto a lo inmobiliario; y los contratos de construcción de vivienda social o de escuelas o caminos para el Estado, en lo referente a la industria de la construcción. El municipio de Pudahuel, donde se encuentra nuestro caso de estudio, es parte de la periferia socialmente segregada construida por la combinación entre invasiones de tierras y programas de vivienda social.

La dialéctica entre “tomas” y represión policial ayudó a otorgar un carácter mítico al movimiento de pobladores y, al mismo tiempo, a segregar sus operaciones hacia los bordes de la ciudad lejanos al “barrio alto” —localizaciones en que la expropiación y regularización que seguiría a la ocupación ilegal— podían ser una buena alternativa para los propietarios de terrenos y, de hecho, llegaron a ser más comunes de lo que se piensa.

a) La homogeneidad social del espacio y el aislamiento social

El tejido urbano popular, socialmente tan homogéneo, es en buena medida el que predomina en Pudahuel hasta hoy. El propio lugar de residencia o barrio es, por lejos, el más mencionado por

los entrevistados de los estratos D y E (aproximadamente 40% de los hogares más pobres de la ciudad) como el lugar donde frecuentemente conocen personas y hacen amigos.⁹

El lugar de trabajo, las organizaciones, los grupos y las redes sociales tienen mucho menos importancia en la formación de esos vínculos. En contraste, estos son los principales tipos de espacios donde los estratos alto y medios (ABC1, C2 y C3) conocen y hacen amigos. Siendo el barrio el lugar más mencionado por las personas de todos los estratos sociales como aquel donde tienen sus amigos más cercanos, eso vale para 65% de los de estratos populares y sólo para 36% y 44% de los estratos altos y medios de Santiago, respectivamente.¹⁰

Varios son los factores que tienden a reforzar este aislamiento socioespacial de las personas de condición popular: el predominio del empleo desprotegido e inestable y la relativa desaparición de las vinculaciones cotidianas con agentes de partidos y organizaciones que eran habituales décadas atrás, además de la estigmatización que suele afectar hoy a sus barrios.

De hecho, el barrio, la calle y el transporte público son lugares donde los de origen popular se encuentran principalmente con personas de su misma condición social: 90% de los encuestados de ese origen así lo declaró. En menor grado se encuentran en esos espacios con personas de clase media y mucho menos con los de clase alta. Sólo 3.5% y 4% señalan encontrarse en el barrio con personas de clase alta y media, respectivamente.¹¹

En suma, el barrio segregado es determinante en las formas de integración social y la cohesión de los grupos populares de la ciudad. Los estigmas territoriales y las percepciones de marginalidad social son alimentados por la homogeneidad social del espacio.

Debemos evitar, sin embargo, demonizar del todo la homogeneidad social del espacio. Resulta “natural” que el entorno del

⁹ Encuesta del estudio Anillos 2, preguntas 68, 69 y 70 del cuestionario.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ *Ibid.*, pregunta 27.

domicilio esté constituido por “iguales”, argumenta Bournazou de la mano de Henri Lefebvre (2008: 399). Ella agrega que, más allá de esa escala, las diferencias entre esos microespacios de homogeneidad “representan en sí un fenómeno positivo porque reafirman el rasgo más importante de lo urbano, la heterogeneidad” (Bournazou, 2008: 400).

b) La transformación del patrón de segregación residencial y nuevas oportunidades de encuentro en diversidad

Desde las reformas neoliberales de los años setenta, la ciudad de Santiago ha ido modificando su patrón tradicional de segregación básicamente a través de dos procesos: la dispersión de las elites y grupos medios ascendentes a nuevos sectores de la periferia popular tradicional a través de la tipología del condominio cerrado; y la “inclinación estructural” de muchos hogares populares, dada la mayor vulnerabilidad social que les ha reportado la economía liberal, por penetrar la ciudad y acercarse a las centralidades y a las áreas residenciales de mayor nivel socioeconómico.¹²

La “reducción de escala de la segregación” resultante de estos dos procesos, hipótesis que hemos sostenido desde hace más de quince años,¹³ ha acercado los residencias de diferentes grupos sociales en algunas zonas de la periferia tradicionalmente popular, así como en otras zonas más internas predominantemente de clases medias o medias bajas, configurando un tipo de “gentrificación latinoamericana” (Sabatini, Vásquez, Robles y Rasse, 2010).

Por otra parte, los centros comerciales, mejor conocidos en Chile como *malls*, y los grandes supermercados han proliferado en buena parte de la periferia de Santiago cercanos a la avenida

¹² Mayor discusión y detalles empíricos de este cambio en el patrón de segregación, en Sabatini y Cáceres (2004) y en Sabatini, Wormald, Sierralta y Peters (2009).

¹³ Sabatini (1997); Sabatini (2000); Sabatini, Cáceres y Cerda (2001, 2004).

Américo Vespucio, autopista que circunvala la ciudad en unos 75 kilómetros de extensión. Además, con la liberalización económica se multiplicaron las universidades privadas en la ciudad. Aproximadamente 70% de la matrícula universitaria actual del país corresponde a jóvenes cuyos padres no fueron a la universidad.

Ambos, centros comerciales y universidades, se erigen como lugares de encuentro de las clases sociales. Es al menos la percepción de los santiaguinos entrevistados de bajos ingresos: 72% y 52% de los residentes de condición popular de la ciudad señalaron al *mall* como lugar de su encuentro con personas de clase media y alta, respectivamente.¹⁴ De hecho, “van al *mall*” está entre las conductas más mencionadas por los entrevistados de estratos populares como propias de la clase media (83.5% lo menciona) y de las personas de clase alta (82.6% lo menciona).¹⁵

Los integrantes de los estratos populares creen que ahora resulta más fácil que personas de distinta clase social hagan sus compras en los mismos centros comerciales o sean compañeros de universidad (47% y 39%, respectivamente mencionan esas posibilidades). En cambio, los que piensan que esos encuentros interclasistas en centros comerciales y universidades son menos probables que antes corresponden a 36% y 41%, respectivamente.¹⁶ Sin embargo, es baja la frecuencia con que los de extracción popular “van al *mall*” el más simbólico de los espacios comerciales como moderno y “global”; sólo 6.5% de ellos declara ir allí al menos una vez a la semana.¹⁷

Por otra parte, el que envíen a sus hijos a la misma escuela o vivan en el mismo barrio son posibilidades de contacto percibidas menos importantes que antes por 60% y 63% de los entrevistados

¹⁴ Encuesta del estudio Anillos 2, pregunta 27.

¹⁵ Los entrevistados escogieron entre un total de 16 alternativas de conductas o rasgos que identifican a las distintas clases sociales, pregunta 26 del cuestionario de Anillos 2 (2011).

¹⁶ *Ibid.*, pregunta 40.

¹⁷ *Ibid.*, pregunta 95.

de condición popular, respectivamente.¹⁸ La retroalimentación entre segregación residencial y segregación escolar es, en gran medida, un tema pendiente de investigación. Chile ha llegado a tener uno de los sistemas escolares más segregados del mundo, y más carentes de oportunidades de contacto entre personas de distinto origen social en las ciudades como lugares de residencia.

La ciudad de Santiago, en gran medida por el dinamismo de sus mercados de suelo e inmobiliarios y los importantes programas de obras públicas, presenta oportunidades de contacto de los grupos en el espacio que parecen ir más allá de los altos niveles de inequidad social que persisten.

c) Reparación a las desigualdades sociales y el valor atribuido a la integración social

En lo más propiamente cultural, el reparo a las desigualdades y una extendida desconfianza en las relaciones interpersonales siguen siendo trazos sobresalientes de la sociedad chilena, y los grupos populares de Santiago muestran con claridad esta recurrencia: 68.5% de los entrevistados de condición popular señala que las diferencias sociales en Chile “son demasiado grandes”; y para 78.1% “son injustificadas”; para los santiaguinos de todas las condiciones sociales, esos porcentajes fueron de 67.2 y 78.5, respectivamente, sin que se registraran grandes diferencias entre los distintos estratos socioeconómicos.¹⁹

La desconfianza aparece como un rasgo generalizado de las relaciones interpersonales. Así, 83.7% de los entrevistados de condición popular señalaron estar de acuerdo o muy de acuerdo con la afirmación de que “en general, las personas tratan de aprovecharse de los demás si tienen la oportunidad de hacerlo”.

¹⁸ *Ibid.*, pregunta 40.

¹⁹ *Ibid.*, preguntas 71 y 72.

Para la muestra de residentes en Santiago de todas las condiciones sociales, ese porcentaje fue de 77.5.

La objeción generalizada a las desigualdades que exhibe la sociedad chilena, queda corroborada por el estudio del PNUD de 2012 sobre “desarrollo humano en Chile”. La afirmación que mejor representa lo que los entrevistados de esa encuesta sueñan para Chile fue “un país con más igualdad entre las personas” por sobre las alternativas de llegar a ser un país con menos pobreza, un país con más apoyo y protección social, un país con más riqueza y oportunidades, un país más humano y centrado en la felicidad de las personas, y un país más cuidadoso del medio ambiente (PNUD, 2012).

Tal vez como parte del reparo a las desigualdades y la visión crítica —algo ácida— sobre la escasa confianza entre las personas, los santiaguinos de todas las condiciones sociales atribuyen importante significación a la integración social: 74% de los entrevistados cree que Santiago “se convertiría en una mejor ciudad” si aumentaran los lugares en que la gente de distinta clase social pudiese encontrarse diariamente —76% de los de extracción popular piensa así—, mientras que sólo 26% de todos los encuestados y 24% de los de estratos populares cree que se convertiría en una peor ciudad.²⁰

Estos datos son coincidentes con los de otro estudio realizado a una muestra de 1 779 hogares residentes en Santiago y las ciudades de Antofagasta y Temuco. Entre 55% y 75% de los entrevistados declaró que “es bueno que personas de distintas clase social vivan cerca”, haciendo ver beneficios específicos para los integrantes de diferente condición social que son mayores que las desventajas también específicas que perciben los entrevistados (Sabatini, Rasse, Mora y Brain, 2012: 171).²¹

²⁰ *Ibid.*, pregunta 60.

²¹ El estudio registró percepción de ventajas y desventajas específicas de una menor escala de la segregación, al reducir la posibilidad de que la información estuviera sesgada por la deseabilidad social de las respuestas (o respuestas “políticamente correctas”).

En el mismo estudio destaca el hecho de que 73% de los entrevistados de extracción popular considerara que “el Estado debe tratar que las distintas clases sociales vivan mezcladas en la ciudad”, opinión que comparte dos tercios de los de clases medias, 48% de los de clase media alta y 38% de los de clase alta (Sabatini, Rasse, Mora y Brain, 2012: 175). Un significativo 56% de todos los encuestados estuvo de acuerdo con la afirmación de que “deberían existir políticas de vivienda que permitan a los más pobres vivir en barrios de clase media o alta” (Sabatini, Rasse, Mora y Brain, 2012:176).

Los problemas específicos que los entrevistados del estudio Anillos 2 ven a una mayor mezcla social en barrios, escuelas y lugares públicos son superados por las ventajas específicas que le atribuyen, siendo este hecho transversal a los distintos grupos sociales, incluidos los de origen popular. Entre 63% y 83% de estos últimos atribuye ventajas a una mayor proximidad espacial, tales como hacer más visibles los problemas de los pobres, acceso a mejores servicios y oportunidades para éstos, mayor tolerancia y facilidad para que todos conozcan distintas realidades, y ayudar a derribar prejuicios y conseguir que las personas sean más tolerantes. Al mismo tiempo, entre 62% y 71% de los entrevistados de origen popular señaló algunos problemas de la mayor mezcla, como aumento en la discriminación, problemas de convivencia y deterioro de los espacios.²²

Específicamente en lo referido a la integración residencial, esto es a la aproximación de las residencias de los grupos sociales, la encuesta aporta percepciones encontradas. Entre las ventajas que reportaría a los entrevistados populares convivir con personas de clase social más alta que la suya, destacan el “que mis hijos pueden aprender buenas costumbres” (70% la mencionan), “que los barrios se ponen más seguros” (75%), “que se pueden realizar intercambios de trabajo convenientes para ambos” (82%) y “que

²² Encuesta del estudio anillos 2, pregunta 50.

se aprender a vivir con gente distinta a uno” (92%).²³ Y entre los problemas que tendría el hecho de vivir con los de clase más alta, los entrevistados de los grupos populares señalaron “que tienen valores que no comparto” (71%), “que ellos no confíen en mí” (74%) y “que me discriminan” (85%).²⁴

d) *¿La ciudad del futuro?*

Las tradicionales aspiraciones de movilidad e integración social de los grupos populares de Santiago persisten y toman nuevos giros.²⁵ La ciudad es hoy distinta y más cambiante que en la época en que la escena era dominada por el “movimiento de pobladores”. Los derroteros de integración social de los grupos socialmente postergados podrían estarse modificando en consonancia.

Al mismo tiempo que rubrica su inveterada desigualdad social, la ciudad despliega formas y oportunidades inéditas de contacto y aproximación física entre las clases sociales. Una miríada de lecturas y significaciones de importante relevancia en materia de cohesión social se adhieren a la nueva realidad.

Entre estas nuevas formas de interacción entre las clases, posiblemente más soñadas que logradas, se cuenta el acceso a bienes de consumo con alto poder simbólico por jóvenes de extracción popular. Sin embargo, lo que consumen esos jóvenes, más que zapatillas (tennis), es espacio urbano en el sentido que Henri Lefebvre daba a esta nueva forma de capitalismo: “se pasa de la producción en el espacio a la producción del espacio”, agregando

²³ *Ibid.*, pregunta 45.

²⁴ *Ibid.*, pregunta 43.

²⁵ Varios estudios hechos en los años sesenta y setenta registraron que entre los “pobladores” de las ciudades chilenas, y más allá de su organización y combatividad en la lucha por la “casa propia”, predominaban valores tradicionales de integración social —véase, por ejemplo, los de Mangin (1967) y Portes (1976). En Sabatini y Wormald (2004) se discute más extensamente este punto.

que ese espacio “está siendo producido de manera balbuciente, incierta, caótica a veces, contradictoria a la producción en el espacio” (1974: 219).

Lo que consumirían esos jóvenes es “experiencia de mal”, de alto valor simbólico en términos de integración social. Las idas al mall con un atuendo cuidado y “global”, insoslayablemente con las tennis “de marca”, parecen el símbolo de sus afanes de integración social. El desfile de máscaras toma forma y fortalece el espacio público en lo que es su clave social más profunda: el ocultamiento de los orígenes sociales a través de la vestimenta que convierte a todos, moros y cristianos, populares o más afluentes, en ciudadanos de la globalización, aunque sea por un momento y aunque no signifique ni siquiera comunicación verbal.²⁶

La aproximación de las residencias de personas de distinta condición social es parte de este nuevo panorama. Los negocios inmobiliarios, y en particular su modalidad ascendente, la gentrificación de la periferia popular, están marcando la ruta. En buena medida debido a la vorágine inmobiliaria y a la febril labor de construcción de obras públicas en la ciudad, dicha aproximación residencial levanta tensiones y dialécticas “de complejidad”, o caóticas, en cuyas bisagras probablemente se esté construyendo la ciudad del futuro.

Las viejas brechas entre las clases populares *vs.* el resto del cuerpo social se organizaban en la ciudad de antaño —y todavía en gran parte de la actual— como distancia física y segregación espacial. Hoy, se hace cada vez más común la gentrificación de la vieja periferia popular homogénea. La periferia popular de la ciudad latinoamericana se irá erigiendo con claridad ascendente —todo hace pensar— en un verdadero botín económico para los promotores inmobiliarios que capitalizan sobre ganancias localizadas o rentas de la tierra. Allí se irán instalando, además de los lucrativos negocios de los promotores, las diferencias sociales

²⁶ Exploramos estos hechos y su carga simbólica en Cáceres y Sabatini (2013).

en una micro escala geográfica y, con ello, nuevas lecturas subjetivas y relaciones objetivas entre los residentes.

La proximidad entre las clases sociales fue lo tradicional del poblamiento, rural y urbano, de América Latina. Solo la ciudad moderna, cuando fue tomando fuerza la renta de la tierra como forma de negocio y las aspiraciones de modernización de las clases dominantes se hicieron fuertes, traería más segregación espacial. ¿Volverá la nueva ciudad más mezclada a arreglar las relaciones entre sus disímiles clases sociales en la cultura jerárquica de la hacienda, como antes, o podrá fortalecerse la cultura de los derechos ciudadanos que, sin duda, ha avanzado en los últimos decenios?²⁷

La curiosidad y predisposición positiva de los antiguos residentes hacia los que se mudan a los nuevos condominios de clase media, tal como lo registramos en las entrevistas de la siguiente sección, debe contarse como unos de los nuevos giros que está tomando la tradicional aspiración a la movilidad social de los hogares populares de Santiago.

En el ideario de ciudad y de barrio de los distintos grupos sociales de las ciudades chilenas, parecía residir un espacio de libertad que no percibíamos antes. Al momento de escoger un barrio para vivir, los santiaguinos no se fijan en “que los vecinos sean de mi misma clase social” sino, más bien, en ventajas funcionales.²⁸ La misma segregación originada por el despliegue de los mercados de suelo y las lógicas de construir ciudad ajustados a ellos, como las de los mismos invasores de tierras comentada antes, nos impedían ver esa realidad social, más cerca de la tradición mestiza de nuestra América Latina.

El ajuste entre las desigualdades (y la molestia con las desigualdades), de una parte, y la proximidad física de nuevo cuño —la de

²⁷ En Sabatini, Rasse, Mora y Brain (2012) se discuten estas opciones de orden social para el caso de Chile.

²⁸ Solo 13% de los entrevistados señaló la composición social del barrio o sector como criterio de elección (Encuesta del estudio Anillos 2, pregunta 36).

los centros comerciales, las universidades, los lugares bohemios que nacen y se suceden en la ciudad, así como la gentrificación—, de la otra, representa un desafío de estudio. Un enorme y significativo desafío de estudio que quizá nos permita cerrar la brecha que existe entre los abundantes juicios sobre nuestro clasismo y la imposibilidad de que podamos alcanzar mayor integración social y la realidad mestiza y poco segregada de la historia de nuestras ciudades que destacan Roberts y Wilson (2009).

SECCIÓN 3. PUDAHUEL EN SANTIAGO OESTE: DE LA HOMOGENIZACIÓN A LA MIXTURA

Existen zonas de Santiago identificadas con lo popular. Durante el siglo XX, el oeste de la ciudad fue una de esas áreas políticamente activadas donde la asociatividad campesina predominaba y se manifestó bajo la forma de aguerridos sindicatos. A su desempeño es necesario agregar las movilizaciones impulsadas por decenas de organizaciones de pobladores donde convergieron los “sin casa”, en toda sus expresiones —“agregados”, “mejoreros”, compradores de sitios a plazo, “callamperos”— (Giusti, 1973; Farías, 1992). Unificada bajo el nombre de Las Barrancas, la periferia oeste de Santiago fue testigo de la confluencia de asentamientos irregulares, lotificaciones regulares y proyectos de vivienda de origen fiscal.

Durante los largos años sesenta el paisaje comunal urbanizado adoptó un sello distintivo. Mientras en los bordes construidos se localizaron bloques estatales de cuatro pisos, hacia adentro del perímetro predominaron predios de 150 m² donde se alojaron viviendas mayormente autoconstruidas (Palmer y Vergara, 1990). Hacia comienzos de 1980, cuando Las Barrancas se había subdividido en varias comunas, la autoconstrucción de Pudahuel alcanzaba a 70% de las viviendas (Lechner, 1984).

De ninguna manera debiéramos entender el Santiago oeste como una zona aislada. Atravesada por el viejo, pero también por

el nuevo camino a Valparaíso, Las Barrancas fungió por décadas como una estación de tránsito hacia y desde uno de los principales puertos del país. Mientras el poblamiento popular avanzaba con déficits de infraestructura y equipamiento, el Ejecutivo adoptó una decisión crucial para el destino de esta área residencial, también agrícola: el nuevo aeropuerto internacional de la ciudad se edificaría en sus confines. Al igual que ha ocurrido en otras ciudades, la edificación de la nueva terminal aérea en 1967 modificó el paisaje, aunque sus efectos no se volverían particularmente influyentes sino hasta 1990.

Lejos de identificarse con la figura del “patio trasero” de Santiago (Lechner, 1984), la significancia política y cultural de Las Barrancas en el Santiago revolucionario, era innegable. Política, porque el oeste había devenido hacia 1960 en bastión comunistasocialista. Alcaldes, regidores y un amplio repertorio de dirigentes establecieron una constelación de organizaciones reivindicativas, pero también deportivas y culturales. Cultural, porque el oeste era una zona de contacto con una rica tradición campesina en proceso de descampesinización.

Que Violeta Parra reconociera a Las Barrancas como punto de partida para sus investigaciones folklóricas, permite muchas conjeturas. Tampoco debe cernirse un manto de olvido respecto del trabajo artístico de Víctor Jara. En 1972, el actor y director de teatro, compuso *La Población* —con una canción en coautoría con el dramaturgo Alejandro Sieveking. Durante largo tiempo estuvo dedicado a homenajear a los habitantes de los asentamientos populares y cuya inspiración provino de su estadía en una “toma” de terrenos domiciliada en Las Barrancas y que, convertida en población, pasaría a llamarse Herminda de La Victoria (1967).

La urbanización experimentada bajo el reformismo político también tuvo un correlato demográfico. Si comparamos los censos de 1960 y 1970, advertiremos que la población residente en ese mismo territorio más que se duplicó y pasó de 78 504 a 187 445 personas. Una década más tarde, cuando la comuna

original fue dividida en tres municipios (Pudahuel, Cerro Navia y Lo Prado), el área volvió a acoger una segunda duplicación demográfica: en 1982 la población casi alcanzaba las 400 mil personas.

Como era presumible esperar, durante la dictadura la zona oeste vivió un continuo represivo y también un masivo empobrecimiento. Precisamente, el efecto combinado de la reducción del tamaño del Estado y la desindustrialización contrajeron los puestos de trabajo, empujando a miles a la informalidad. Pero la depauperación de la periferia popular tuvo un acicate adicional. Entre 1979 y 1985, la ciudad presenció un proceso de erradicación masivo. La operación más grande de este tipo durante el siglo xx, vino a reforzar el carácter popular de la periferia popular de Santiago, hacia donde fueron desplazados los erradicados de “campamentos” localizados en comunas de mayor renta.

A comienzos de la década de los años ochenta el empobrecimiento había homogenizado grandes trazos de una ciudad que un trío de arquitectos calificaría de trizada (González, Hales y Ovola, 1979). A la inversa de lo que había ocurrido durante los largos sesenta, la titularidad del suelo contrastaba con la ausencia de empleos, mucho más en Pudahuel donde la única fábrica domiciliada en la comuna cerró en 1982 por causa de la crisis económica (Díaz, s/f.). Propietarios del suelo pero sin expectativas, la enorme mayoría de los pobladores del oeste de Santiago sufrían carencias que ni el trabajo solidario de la iglesia católica era capaz de remediar.

Para cualquier observador externo —Norbert Lechner estudió Pudahuel hacia 1982— el paisaje era “miserable”, y la mayoría de los habitantes suficientemente no cualificados como para volver a entenderlos como “marginales” (1984). Mientras la dictadura institucionalizaba su proyecto refundacional y el modelo neoliberal superaba su primera crisis, el oeste de Santiago parecía enterrar la idea de “barriada con esperanza” (Eckstein, 1990). La concentración espacial de grupos populares hizo de la periferia oeste un paisaje homogéneo pero también carenciado, domi-

nado por un masivo allegamiento, y cuyo borde fue por años una calle que llevaba el pomposo nombre de circunvalación Américo Vespucio.

El panorama comenzó a cambiar con el retorno a la democracia. Grandes obras de infraestructura urbana fueron retomadas y el aeropuerto internacional de la ciudad experimentó una precipitada reforma. Entre los primeros cambios, fue esencial la conversión de Américo Vespucio en una “vía estructurante”. Su lenta transformación en autopista hizo de la Circunvalación una infraestructura lineal capaz de acoger flujos locales, metropolitanos e interregionales.

La modernización que sedimentaba en el ámbito de las infraestructuras también se proyectaba hacia la sociedad. A mediados de los años noventa era evidente que algunas porciones de la sociedad popular habían experimentado ciclos de movilidad social ascendente. Los cambios también se hicieron notar en los municipios aledaños de Maipú, Lo Prado y Cerro Navia. De todos ellos, los que más intensamente vivieron las transformaciones fueron Maipú y Pudahuel.

Implulsados por la combinación de aeropuerto internacional, autopistas y centros logísticos, Pudahuel fue testigo del emplazamiento de un parque industrial que precedió la edificación de conjuntos para capas medias bajas. Edificadas junto al viejo Pudahuel popular, las viviendas vinieron a modificar el paisaje de una comuna con baja motorización privada, pero a diferencia de lo ocurrido en urbanizaciones aledañas a terminales aeroportuarias, los nuevos conjuntos de viviendas aisladas o pareadas de Pudahuel, no adoptaron la modalidad del barrio cerrado. Todavía abiertos, estos nuevos condominios contrastan con lo ocurrido en otros lugares de la ciudad, donde también la periferia popular ha admitido incrustaciones clase medieras e, incluso, de fracciones de la elite. Allí los condominios “gentrificadores” tienen cierros o muros perimetrales y están cuidados por servicios de guardias privados.

SECCIÓN 4. EL TRANQUE, UN CASO DE ESTUDIO

a) Metodología

El desplazamiento de “lo santiaguino”, desde el ordenado Centro de Santiago a la poco conocida periferia, coincidió con la aparición de una obra académica significativa: el libro *El Lote 9 x 18 en la encrucijada residencial de hoy*, de Francisco Vergara y Monserrat Palmer en 1990, año de recuperación de la democracia en Chile. Con base en un interesante análisis morfológico y arquitectónico, los arquitectos argumentan que la urbanización popular de la periferia representa “la más santiaguina” de las formas de hacer ciudad (Vergara y Palmer, 1990).

En efecto, la dotación social de la vivienda a partir del esquema de “lote con servicios” —en generosos lotes de 9 x 18 m² o algo menos, una adecuada estructura de espacio público, condiciones de conectividad y subsistemas de centralidad urbana— hizo posible una revalorización de la periferia después del fin de la dictadura del general Pinochet (1973-1990).

La periferia popular así revalorizada, un hecho contundente que rebasa el ámbito académico, se instaló de forma determinante en los mercados de suelo urbano de la ciudad. Los grupos populares, que en general se insertan en los mercados de suelo con pocas certezas, tuvieron en la propiedad del suelo un factor de seguridad que resultaría decisivo para entender la comuna, la cual se ha ido consolidando desde entonces.

Si la etapa de la dictadura generó entre los “pobladores” de la periferia popular una actitud casi siempre combativa y de resistencia en el contexto de la ideología de la “lucha de clases”, es interesante cuestionarnos, a más de dos décadas del retorno a la democracia, sobre cuáles son las transformaciones en sus actitudes ante la llegada allí de segmentos gentrificadores.

Podríamos esperar, quizá, que con la consolidación del modelo urbano modernizador la periferia entrara en una “crisis de lo popular” (García Canclini, 2001). Sin embargo, son varias las

evidencias de que lo popular ha sobrevivido a costa de entrar en contacto con segmentos de significaciones diferentes, como son los discursos de los estratos gentrificadores —al mismo tiempo que lo popular ha podido actualizar su discurso en el marco de los procesos de hibridación cultural propios de la llamada globalización.

Con el fin de captar mejor las sutilezas propias de los procesos de hibridación, decidimos utilizar las herramientas de la investigación cualitativa. Nuestras entrevistas fueron realizadas a lo largo de cuatro meses, entre marzo y junio de 2012, siguiendo un recorrido espacial en las inmediaciones de la calle El Tranque, nuestro ecotono o franja de espacio público hacia el que confluyen residentes de muy diferente condición social.

Si consideramos el complejo carácter territorial de los hechos y procesos que estamos intentando conocer, nuestro esquema de obtención de la información estableció dos transectos en el ecotono urbano: 1) sobre la calle María Angélica, de oriente a occidente, entre las calles Bravo Luco y José Manuel Riesco; y (2) sobre la calle el Tranque, de norte a sur, de ENEA a Av. San Pablo. Asimismo se realizaron varios recorridos en zig-zag, como se puede apreciar en el mapa 1.

Cuadro 1
ENTREVISTAS REALIZADAS

<i>Área</i>	<i>Perfiles (nombres ficticios)</i>
Histórica	<p>1. Beatriz. Ama de casa de 59 años, vecina de Pudahuel, vive en la calle San Daniel. Nació en la provincia de Linares de donde se vino a vivir a Santiago. Vive con su hija y arrienda piezas en su domicilio.</p> <p>2. Manuela. Ama de casa, vecina de Pudahuel en la calle Santa Cruz, desde hace 30 años. Vive con sus hijos y sus nietos conformando una amplia familia de la cual ella es la que organiza a las varias familias que integran el hogar mediante una olla común para más de 12 personas.</p> <p>3. Susana. Vecina de Pudahuel vive en la calle La Estrella desde hace más de 30 años. La entrevista con Susana se realizó durante el piquete en demanda de la instalación de un semáforo y luminarias en la esquina de las calles José Joaquín Pérez y La Estrella.</p> <p>4. Marta. Vecina de Pudahuel. Se realizó la entrevista cuando participaba en el piquete antes mencionado.</p> <p>5. Juan. Profesor de 59 años, vecino de Pudahuel y “cuasimodista”, nació en Pudahuel. Por tradición familiar participa en la celebración del Cuasimodo y su función es manejar una carreta tirada por dos caballos que custodian al sacerdote católico que lleva “la comunión a los enfermos”. La entrevista se realizó durante la celebración del Cuasimodo el día 30 de marzo de 2012.</p> <p>6. Mónica. De 73 años, es vecina de Pudahuel, y participó en la celebración del Cuasimodo colocando un altar en la puerta de su casa en la calle Errázuriz, donde se detuvo el carruaje del sacerdote, quien bajó a darle la comunión a la señora Mónica ya su esposo Pablo. La entrevista se realizó durante la mencionada celebración.</p> <p>7. Pablo. De 76 años, es el esposo de Mónica. Recibió la comunión del sacerdote en la fiesta del Cuasimodo, donde se levantó la entrevista.</p> <p>8. Sergio. Empleado de 32 años, vive con sus padres en los condominios Errázuriz, en la calle del mismo nombre, en Pudahuel. Lleva dos años viviendo allí con su esposa e hija. Antes vivía en Maipú.</p>

9. Viridiana. De 67 años, ella vive en Pudahuel desde 1973, cuando recibió su vivienda en la modalidad de caseta sanitaria. Antes vivía en la zona oeste de la ciudad, en otro sector de la comuna entonces conocida como Barrancas, que incluye a la actual Pudahuel.

10. Sandra. Ama de casa de 42 años. Vive en Santa Victoria con su hija de cuatro años. Trabaja como empleada en una tienda de ropa.

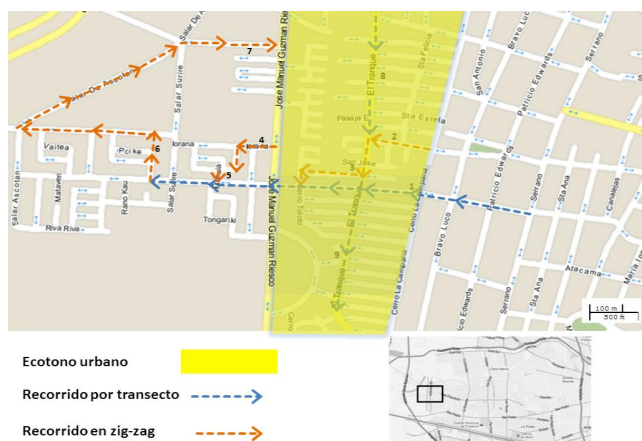
Cuadro 2

ECOTONO URBANO Y TRANSECTOS DE ESTUDIO

Ecotono urbano	<ol style="list-style-type: none"> 1. Víctor. Jefe de familia de 39 años, vive con su esposa en el desarrollo El Comendador, desde hace cuatro años. Antes vivía con sus padres en la comuna popular colindante de Cerro Navia. 2. Georgina. Mujer de 37 años, vive en el desarrollo El Comendador desde hace ocho años. Antes vivía con sus padres en Cerro Navia, de donde es originaria. 3. Antonia. Mujer de 30 años. Casada, vive desde hace un año con su pareja en la calle Santa Catarina. 4. Pedro. Estudiante de 22 años vive con su mamá en Santa Beatriz. Antes vivían en la comuna Puente Alto, de donde vinieron a Pudahuel buscando un lugar más tranquilo. 5. Rubí. Ama de casa y empleada, vive en la calle Río Clarillo. Compró un departamento ahí gracias a su empleo. Su madre, que vive en J.J. Pérez en Pudahuel, cuida su hija mientras ella trabaja.
Área de condominios gentrificadores	<ol style="list-style-type: none"> 1. Fernanda. Abuela de 67 años, ex empleada de una empresa de vinos, vive con sus hijos y nietos en la calle Iorana (Jardines de Vespucio). Antes vivía en la misma comuna de Pudahuel, por la avenida Guzmán. 2. Gerardo. Estudiante universitario de 26 años. Vive desde hace dos años en el desarrollo Jardines de Vespucio con sus padres. Antes vivía en la calle J.J. Pérez, que es el límite entre las comunas de Pudahuel y Cerro Navia. 3. Estela. Ama de casa de 33 años, vive con su esposo y dos hijos en el desarrollo Jardines de Vespucio desde hace dos años, donde atiende una botillería instalada en la planta baja de su domicilio. Antes vivía en Cerro Navia.

Número de entrevistas: Pudahuel histórico: 10; ecotono urbano: 5; área de condominios gentrificadores: 3; total: 18

MAPA 1



Llamamos “ecotono urbano” al área que hace de frontera o franja intermedia entre el Pudahuel popular y los condominios gentrificadores. Está compuesto por una franja o banda de cierto espesor que incluye unas 1 500 viviendas correspondientes a varios proyectos inmobiliarios. Los límites que hemos definidos para el “ecotono urbano”, son: al oriente, la calle El Tranque; al occidente, la calle José Manuel Guzmán; al norte el ecotono limita con la calle San Daniel y al sur se extiende hasta la Avenida San Pablo.

b) Actitudes de los residentes ante la gentrificación en Pudahuel

En un primer momento argumentaremos que la gentrificación que hemos estudiado en el sector norte de la comuna de Pudahuel puede entenderse en términos de la construcción de un “tercer espacio” (Bhabha, 1994), en el cual los procesos de hibridación son elementos que han permitido la transformación de la geografía urbana de oportunidades, directamente relacionada con la distinción que los habitantes de Pudahuel Norte hacen de la comuna.

La distinción se da entre el segmento histórico de Pudahuel, (que va de la calle El Tranque hacia el oriente) y que denominan

Cuadro 3

DESARROLLOS INMOBILIARIOS GENTRIFICADORES

<i>Nombre del desarrollo</i>	<i>Empresa inmobiliaria</i>	<i>Ubicación del desarrollo</i>	<i>Número de viviendas construidas y tamaño de la vivienda</i>	<i>Precio de venta</i>	
Jardines de Vespucio	Inmobiliaria Aconcagua	José Manuel Guzmán	566 viv. 70 m ²	2 300	
Lomas de Manutara	PY	Avenida San Pablo	600 74m ²	1 760	
Villa Comendador	Los Tranques	Avenida San Pablo	1 047 50m ²	12 260	

“Viejo Pudahuel” (o en otra versión, “Antiguo Pudahuel”), en contraposición a las nuevas urbanizaciones, ubicadas al occidente de El Tranque, que derivan de la distinción mencionada como parte del “nuevo Pudahuel”. Aquí hay un elemento a tener en cuenta: si bien la distinción se hace entre ambas áreas, no llevaría a una escisión identitaria radical que amenace con convertir las nuevas urbanizaciones en una “ciudad aparte”. Por el contrario, éstas son consideradas parte de la comuna de Pudahuel.

Derivado de lo anterior, podemos mencionar que los habitantes de Pudahuel son conscientes de las transformaciones de su espacio y del entorno. Por una parte, los pobladores del “Pudahuel antiguo” o “Pudahuel histórico” consideran que las nuevas urbanizaciones son parte o consecuencia de “la modernidad”, la cual no se restringe a su comuna sino que abarca a toda la ciudad:

Beatriz: [Los nuevos condominios] vienen de Pudahuel hacia arriba, los proyectos a futuro aquí en Pudahuel van a ser todos condominios porque tenemos el Aeropuerto, y llega mucho turista y entonces para la vista del turista aquí se requiere que Pudahuel sea un barrio central.

Investigador: Y tú, ¿qué opinas de eso?

Beatriz: No sé, yo creo que la vida tiene que progresar, pero yo creo que a ese nivel, así de [...] aquí hay un condominio y ese es para ese tipo de personas, y en este otro tramo hay viviendas sociales que son para la gente [...] (Beatriz, ama de casa de 59 años, vecina de Pudahuel “histórico”, nació en la provincia de Linares, en una región al sur de Chile).

En el imaginario popular la transformación de Pudahuel estaría derivada del “crecimiento natural” que lleva a considerar a su comuna en el futuro como parte importante y estratégica de la ciudad. La localización del aeropuerto en la comuna también es un componente del imaginario de la “modernización inminente”. El sentido otorgado por los pobladores a esta área de la ciudad incluye la memoria de eventos importantes que han sucedido en Pudahuel, como la visita de Fidel Castro en 1971 durante el

gobierno de la Unidad Popular, o la del Papa Juan Pablo II a Santiago en 1987. En palabras de una pobladora: “Pudahuel es como la entrada a Chile”. Así de importante es para los pobladores la imagen de la comuna de Pudahuel.

Tal desplazamiento de la centralidad de la ciudad, incluso hacia secciones de la periferia popular, genera espacios comparables a “ecotonos urbanos”, entendidos éstos como las áreas donde se acentúan los procesos de hibridación.

El concepto de ecotono fue desarrollado por la Ecología para señalar aquellas “zonas de transición de sistemas ecológicos adyacentes que presentan características únicas determinadas por escalas espacio-temporales y por la fuerza de las interacciones entre tales sistemas ecológicos adyacentes” (Gosz, 1993).

El ecotono urbano, en tanto área de acoplamiento de viviendas de clase media-baja, que va de la calle El Tranque a la calle José Manuel Guzmán, genera en los vecinos la percepción de un amortiguamiento socioeconómico derivado de un estatus distintivo entre el área popular y el área de condominios gentrificadores.

Georgina: En cuanto a clases sociales, es harta la diferencia. Aquí es como la clase obrera. Del otro lado es la gente más acomodada, y para allá ya viene de todo (Georgina, ama de casa 37 años, vecina del ecotono urbano en la calle Santa Catarina, anteriormente vivía en la comuna Cerro Navia).

Este “tercer espacio” es asimilado por sus habitantes como un área residencial de gente trabajadora, básicamente tranquila y segura para el tránsito. Sin embargo, aunque los vecinos perciben la distinción derivada de su situación intermedia entre estos dos espacios, eso no les lleva a estigmatizar ni a uno ni al otro sector. “También yo vengo de población” —menciona una de las entrevistadas que, antes de vivir en el ecotono urbano, vivía en la comuna de Cerro Navia— “y la gente de población es trabajadora, no es lumpen”:

José: Acá hay gente de los tres tipos de clase, son trabajadores, hay gente que es esforzada y la gente de población igual es esforzada (José, profesionalista de 28 años, vecino del ecotono urbano en la calle El Tranque, nació en Pudahuel).

Ese discurso no estigmatizador del barrio se traslada también hacia otros sectores de la comuna.

Investigador: ¿Cómo crees que la gente que vive en otros sectores percibe este sector?

Antonia: Como un barrio tranquilo igual, pero con más bajos recursos (Antonia, 26 años, actualmente desocupada, vecina del ecotono urbano en la calle María Angélica, nació en Pudahuel).

Sin embargo, por el lado negativo, la mayor parte de las personas se sienten con miedo al caminar por sus propias calles, al grado de no salir a ciertas horas de la noche. Y si se sale, se va de prisa, pues lamentablemente es común en la comuna el asalto y el atraco. Se registran, además, varios tipos de conflictos que a veces derivan en violencia agravada por el consumo de alcohol y de diferentes drogas, siendo las más comunes la pasta base (derivado de la cocaína) y la marihuana.

Esta problemática subyace a la transversalmente presente figura del flaute, imaginario urbano proyectivo que cuestiona la estructura de clases de la sociedad chilena. Sin tratar de profundizar aquí en esta figura, podemos mencionar que el temor al flaute está presente tanto en Providencia y Las Condes, como en Pudahuel y Puente Alto.

c) Gentrificación endémica vía retención de movilidad

Tal vez nuestro hallazgo más llamativo fue encontrar que entre los gentrificadores de la zona eran comunes las personas nacidas en barrios populares de Pudahuel o municipios cercanos. Aunque no podemos pronunciarnos sobre la proporción que éstos

representan del total de compradores de las nuevas viviendas, ya que nuestra muestra de entrevistados no es estadísticamente representativa, hecho que nos ayuda a explicar la ausencia de cierres perimetrales y guardias en los condominios.

El hecho de que la gentrificación tenga un carácter endémico, es decir que los gentrificadores sean personas de origen local en condiciones de movilidad social ascendente, condición que les ha permitido acceder a una vivienda de alto precio, no es algo desconocido para los pobladores de Pudahuel.

Correspondería a una forma de gentrificación por retención (espacial) de la movilidad social ascendente. De acuerdo con el estudio de Sabatini, Vásquez, Robles y Rasse para Santiago (2010), lo tradicional de la urbanización en esta ciudad era que los que ascendían socialmente se trasladaran a algún punto del llamado “barrio alto” (agrupación de municipios donde se fueron concentrando las familias de elite y clases medias altas durante buena parte del siglo xx).

De tal forma, la gentrificación por retención de movilidad, o gentrificación endémica, es un fenómeno relativamente nuevo y de gran significación en términos de integración social. Complementa e incluso superpone a las identidades asociadas a los grupos socioeconómicos las identidades territoriales (tener origen en el Pudahuel popular) y la pertenencia a redes familiares locales. Finalmente, así es como estas nuevas formas de identidad podrían explicar que los nuevos condominios no tengan cierres perimetrales, muros o rejas, ni guardias que los cuidan.

Los gentrificadores reciben la comprensión de sus vecinos antiguos en su afán de buscar nuevas posibilidades de “vivir mejor”. Tal sentimiento es congruente con la valoración positiva que, en general existe en Chile, de la “cultura del esfuerzo”:

Georgina: No es que tengan más plata o que sean de más alto nivel socia, sino que trabajan y se esfuerzan un poquito más y se compran una casa un poquito más cara, si pueden. Hay otros que no (Ama de

casa de 37 años, vecina del ecotono urbano en calle Santa Catarina. Anteriormente vivía en la comuna Cerro Navia).

Así, el uso de diminutivos refleja cómo la diferencia de ingreso es relativizada e incluso minimizada por los “pobladores”. Como ellos, los nuevos vecinos buscan la comodidad de vivir en una casa más grande, “por una cosa de comodidad”. Cabe señalar aquí que esa misma relativización y minimización de la diferencia en el ingreso es correspondida por los gentrificadores:

Investigador: ¿Cómo cree que la gente de “población” ve este lugar?

Fernanda: Bueno, nos tratan de [...] arribistas, pero no, no, porque aquí tanto el dueño del almacén como el del kiosco, que sé yo, el que nos vende la fruta, la verdura, todos vecinos, vecinos nomás, nos tratamos como vecinos nomás, no hay ninguna clase social más alta, ni no alta, no (Fernanda, empleada administrativa de 60 años, vive en la calle lorana, Jardines de Vespucio).

Algunos gentrificadores se asumen como contrarios a lo que sería una actitud clasista generalizada, ya que no reniegan de su origen humilde, a pesar de su nuevo “status imaginado” derivado de su condición residencial. Advierten que generalmente en la sociedad los individuos se esfuerzan por hacer notar las diferencias sociales y que, sin embargo, ellos no, lo que a la vista de otros (y también ante sí mismos) podría aparecer como algo contradictorio:

Gerardo: Yo en lo personal trato de no ser así. Mi ropa en general no es de marca, nunca me han preocupado las zapatillas con las que ando. Por ejemplo, estas cuestan diez lucas, y así y todo vivo en una casa de 2 000 UF. Entonces [...] es un poco contradictorio, pero en general la gente no es así (Gerardo, residente en la calle María Angélica, Jardines de Vespucio).

Como podemos observar, el discurso igualitarista se construye transversalmente. Atraviesa las calles (y el ecotono), relativiza las diferencias y minimiza lo que es evidente. Si la experiencia de la heterogeneidad residencial va acompañada de un discurso

igualitario y de la ausencia de los dispositivos de separación residencial clásicos de las *gated-communities*, podemos concluir que se construye una actitud integradora coherente.

d) Tres situaciones de encuentro con el “otro”

Ubicamos tres situaciones donde el encuentro con el “otro” social es capitalizado por los “pobladores” como factor de oportunidad. El primero se da en el marco de las estrategias vecinales (ciudadanas) para demandar a las autoridades comunales mejoras en la infraestructura barrial.

¿Lucha de clases o lucha interclasista por el barrio?

Si la génesis de la comuna fue evidentemente la lucha por la vivienda en el contexto de las tomas de terreno organizadas, promovidas, apoyadas o apadrinadas por los partidos de izquierda desde la mitad del siglo pasado, también es cierto que en el ADN de la movilización popular estaba muy presente la idea de “democracia social” (Sabatini y Wormald, 2004: 74).

Tuvimos la oportunidad de acompañar a los vecinos de la comuna en una movilización que tuvo como demanda la instalación de semáforos y dispositivos que generaran la seguridad en un cruce vial muy peligroso para los transeúntes. Nos referimos al cruce entre Av. La Estrella y Av. José J. Pérez. Allí los vecinos del lado de Av. La Estrella (condominios verticales), y los de la Av. J. Pérez, (vivienda popular progresiva) armaron un “piquete” para llamar la atención de los alcaldes de Pudahuel y Cerro Navia. Les preguntamos sobre la participación de la gente de los condóminos en la protesta:

Investigador: ¿También de los condominios están participando personas?

Susana: Sí, de todo.

Investigador: O sea, ¿hay de varias clases sociales acá?

Susana: Sí, ojala que con eso tengamos un buen resultado.

Investigador: ¿Y Ud. cómo ve eso?

Susana: Ahí se nota que realmente se necesita el semáforo, para todos, eso es lo bueno (Susana, vecina de Pudahuel “histórico” en la Av. J.J. Pérez).

Es interesante apreciar cómo se construye la conciencia ciudadana y cómo, ante el poder del Estado representado por los alcaldes, los vecinos pueden llegar a acuerdos y acciones interclasistas en aras de lograr un beneficio para todos.

Religiosidad popular y encuentro con el “otro”

Una situación distinta de encuentro interclasista que resulta congruente con el discurso de disposición a la integración residencial, es sin duda la que se refiere a la participación en una de las festividades religiosas más importantes para los habitantes católicos de la comuna. Nos referimos a la celebración del “Cuasimodo”, fiesta de origen decimonónico. Es una peregrinación a caballo en que más de 300 jinetes custodian al sacerdote que lleva la comunión a los enfermos en un carruaje. “Cuasimodo” deriva de las primeras palabras en latín del Introito del segundo domingo de Pascua “*Quasi modo géniti infantes [...]*” “[Así como niños recién nacidos (...)]”.

Como la mayoría de las expresiones de religiosidad popular, la peregrinación del “Cuasimodo” representa una oportunidad para la convivencia interclasista que el *ethos* católico fomenta, en el sentido de exaltar la fraternidad. En términos sociológicos la religiosidad popular es, además, el espacio de la espontaneidad y de la expresión sincrética de lo subalterno. El “Cuasimodo” en Pudahuel implica la remembranza de la preeminencia de lo rural sobre lo urbano y de la subversión del orden establecido,

otorgando un sentido diferente a la vivencia de “lo sagrado”. Esta subversión parece alcanzar la participación de las clases sociales, al menos en dicho contexto momentáneo:

Investigador: ¿Acá hay gente de diferentes clases sociales participando?

Juan: Sí, hay gente que tiene más, hay gente que tiene menos, hay de todo. Nada que ver eso, aquí no se excluye a nadie, no es el caso (Juan, profesor de 59 años, vecino de Pudahuel y “cuasimodista”, nació en Pudahuel).

Pudahuel, en comparación con los datos acumulados para la región y el país, tiene una alta presencia de religiones evangélicas. Sin embargo, 65% de sus habitantes se declara católico (datos del Censo 2002, INE). Este factor es importante a la hora de analizar las actitudes hacia la integración residencial de los pobladores. “El encuentro con el ‘otro’, que está en la esencia misma del hecho urbano, ha tenido muy diferentes formas de realizarse en las ciudades de Occidente según las distintas tradiciones cristianas” (Sabatini & Brain, 2008).

Comercio popular, elemento común

La mayor parte del comercio de Pudahuel es pequeño y mediano. Son pocos los grandes supermercados, pero entre éstos, por su penetración territorial, destacan los supermercados de pasada de las empresas Ekono y Líder Express. Ambas cadenas son propiedad del Consorcio D&S, que concentra más de un tercio del mercado al detalle del país. También destaca la presencia de la cadena Mayorista 10, que ofrece descuentos a la venta por mayoreo. Sin embargo, el grueso del comercio es de carácter informal (Salazar, 2003), ya sea el que se desarrolla en ferias o el que consiste en la vivienda adaptada para el pequeño comercio.

La vivienda adaptada para comercio constituye una experiencia que se repite a lo largo del transecto que va desde el Pudahuel

popular, pasando por el ecotono urbano, hasta el área de los condominios gentrificadores. Destacamos la presencia de este tipo de comercio pues nos parece que, por su tamaño, variedad y ubicación, se asemeja en varios aspectos al clásico comercio popular. En los condominios pudimos encontrar almacenes, botillerías, carnicerías, pequeños talleres mecánicos disfrazados de “cambio de aceites”, ferreterías, restaurantes mexicanos atendidos por mexicanos, jardines de niños y gimnasios, entre otros.

Fotos 1 y 2

COMERCIO POPULAR EN LOS CONDOMINIOS GENTRIFICADORES



Si en el imaginario de los habitantes del Pudahuel popular la modernidad simbolizada por los nuevos desarrollos inmobiliarios viene “del poniente” (occidente) (acompañada por el aeropuerto y el parque industrial ENEA), también podríamos decir que en esta hibridación urbana lo popular viene “del oriente”, (acompañado de las ferias, el persa, el pequeño comercio y la religiosidad popular), instalándose en los condominios gentrificadores con una fuerza que puede constituir, en términos de integración social, un referente.

SECCIÓN 5. REFLEXIONES FINALES

La significativa receptividad encontrada por los gentrificadores entre los residentes antiguos de los barrios populares del municipio de Pudahuel en Santiago, cuestiona algunos mitos sobre la

gentrificación. A la vez, entrega respaldo a políticas de reducción de la segregación, o políticas de “integración social urbana”.

Hemos constatado la fuerza de una variante de la gentrificación que antes hemos llamado “gentrificación por retención espacial de movilidad social ascendente” y que ahora denominamos, en forma más simple, “gentrificación endémica”. El hecho que los promotores promuevan el condominio “La Abadía San Pablo” destacando su carácter “no cerrado”, podría explicarse por la prevalencia de esta modalidad de la gentrificación.

En contraste, la gentrificación que consiste en la relocalización de personas de las elites desde los conos de alta renta a la periferia popular parece requerir de los muros como dispositivos para mejor acomodarse a la nueva geografía menos segregada de esas periferias. A esos gentrificadores los hemos llamado antes “hijos del barrio alto” (Sabatini, Vásquez, Robles y Rasse, 2010).

La “gentrificación sin expulsión” de la periferia popular latinoamericana, ahora un hecho indesmentible, fue al comienzo negada ya que, según no pocos especialistas, los grupos sociales no podían estarse aproximando cuando las desigualdades aumentaban. Y cuando la aproximación de las clases se hizo innegable, ha sido común dar por descontado que dicha aproximación no puede sino dar lugar a conflictos (Dureau y Salas, 2010, para Bogotá) o, en el mejor de los casos, a una nula integración social (Hidalgo, 2004, para Santiago). Es de notar que se trata de juicios que no tienen respaldo empírico.

Se podría sostener, por otra parte, que el desplazamiento se hará realidad en el futuro, tal vez en dos o más generaciones.²⁹ Es más, la expulsión de la vivienda social de las ciudades como un todo es hoy un grave problema de exclusión socio-espacial resultante de la operatoria libre de los mercados de suelo, problema que está directamente vinculado con la gentrificación de la periferia popular (Sabatini y Trebilcock, 2014). Pero una cosa es

²⁹ Así argumentan Janoschka y Casgrain (2011) sobre la gentrificación en municipios populares de Santiago.

que la gentrificación tienda a excluir del área a los futuros hogares de bajos ingresos; y otra, que desplace a los actuales residentes. Asimismo, es necesario distinguir entre la expulsión como probabilidad y la expulsión como hecho mecánico o inevitable. Por último, no es lo mismo que el desplazamiento se verifique en el lapso de una misma generación que en dos o más generaciones.

La ciudad no es un hecho estático, o plano donde se dibujan los grupos sociales. Está hecha de procesos y tendencias y su futuro no está nunca totalmente escrito. La gentrificación instala en los vecindarios una fuerza de expulsión debido a su efecto inflacionario sobre los precios de las propiedades, pero los vecinos, especialmente si son apoyados por buenas políticas, pueden resistir y hasta derrotar esa fuerza.

Las formas peculiares de la gentrificación que toman forma en áreas de la periferia popular de nuestras ciudades, nos plantean una nueva posibilidad, que es a la vez un desafío: resulta que puede presentar formas no conflictivas. Es lo que encontramos en el caso que hemos estudiado en Pudahuel.

La gentrificación es una modalidad concurrente al proceso que genéricamente llamamos segregación residencial o segregación social del espacio. En el marco de las reformas económicas neoliberales, y precisamente cuando las autoridades empujaban la liberalización de los mercados de suelo, la segregación se ha vuelto maligna. Lo dijimos hace ya tiempo y lo reiteramos: los guetos de desesperanza y crimen se han enseñoreado en más y más barrios populares de nuestras ciudades, en barrios como los que conforman hoy el municipio de Pudahuel.³⁰

¿Por qué el área de Pudahuel que hemos conocido en terreno parece tan distinta? El gueto no está necesariamente ausente de esos barrios populares, pero resulta claro que esta modalidad de segregación residencial que hoy denominamos gentrificación puede presentar formas benignas: sin desplazamiento de los re-

³⁰ Véase Sabatini (1997, 2000); Sabatini, Cáceres y Cerda (2001) y Sabatini, Campos, Cáceres y Blonda (2006).

sidentes originales y sin importantes conflictos. Puede ayudar a desegregar el área en vez de contribuir a resegregar o desplazar a sus residentes.

Es posible que la de Pudahuel sea una situación excepcional, pero también podría esconder claves sociológicas y urbanas que pudieran servir a políticas públicas que tengan por meta la integración social urbana. Quizás allí esté emergiendo un tipo de espacio público, nuestro ecotono alrededor de la calle El Tranque, al que se puede aplicar el argumento de Ramírez Kuri (2008:118): “lo público urbano es central en la reconstrucción de la ciudad como espacio de construcción de ciudadanía”. Se trata, en todo caso, prosigue la autora, no sólo de un espacio de relación y de encuentro sino que también de confrontación, de lucha por derechos y hasta de ruptura de lazos sociales (Ramírez Kuri, 2008: 123).

En fin, se trata de espacios públicos, que produce la “gentrificación sin expulsión”, donde cabe desde la fraternidad hasta el conflicto. Son espacios abiertos en que se nos ofrece la posibilidad de construir integración a partir de la diversidad y de expandir la ciudadanía, consolidándolos así como lugares o franjas de integración social urbana. En el largo plazo podrían, incluso, por qué no, constituirse en espacios de hibridación e interculturalidad.

FUENTES CONSULTADAS

- Bauman, Z. (2006). *Vida líquida*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2007). *Identidad*. Buenos Aires: Losada.
- Bhabha, H. (1994). *The Location of Culture*. Nueva York: Routledge.
- Bournazou, E. (2008). “La segregación social del espacio y la dimensión territorial en los estudios de pobreza urbana”. En *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*, coordinado por R. Cordera, P. Ramírez Kuri y A. Ziccardi. México: Siglo XXI Editores.

- Cáceres, G. y F. Sabatini (2013). “Espacio público en el Santiago del Bicentenario: entre el Estado y la Nación”. En *Las disputas por la ciudad; procesos urbanos, ciudadanía y vida pública*, coordinado por P. Ramírez Kuri. México: UNAM.
- Díaz, L. (s/f). *Pudahuei, retrato de grupo en Dictadura*. En <www.archivochile.com>.
- Dureau, F. y A. Salas (2010). “Las diferentes expresiones del proceso de segregación en Bogotá”. En Samuel Jaramillo. *Bogotá en el cambio de siglo: promesas y realidades*. Quito: OLACCHI.
- Eckstein, S. (1990). “Urbanization Revisited: Inner-City Slums of Hope and Squatter Settlements”. *World Development*, 18(2): 165-181.
- Farías, A.M. (1992). “Urbanización, política de vivienda y pobladores organizado en Las Barrancas. El Caso de la población Neptuno. 1959-1968”. Santiago: Memoria para optar al grado de licenciado en Historia.
- García Canclini, N. (2001) *Culturas híbridas, estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- Giusti, J. (1973). *Organización y participación popular en Chile. El mito del “hombre marginal”*. Buenos Aires: Ediciones Flacso.
- González, S., P. Hales, y J. Oyola (1979). “Santiago, una ciudad trizada”. Folleto.
- Gosz, J. (1993) “Ecotone Hierachies”. En *Ecological Applications* 3 (3): 369-376. Ecological Society of America.
- Hidalgo, R. (2004). “De los pequeños condominios a la ciudad vallada: las urbanizaciones cerradas y la nueva geografía social en Santiago de Chile (1990-2000)”. *EURE*, vol. 30, núm. 91. pp. 29-52.
- Janoschka, M. y A. Casgrain (2011). “Urbanismo neoliberal y gentrificación en Santiago de Chile; diálogos entre teoría urbana y reivindicación vecinal”. Documento de Estudio del Movimiento de Pobladores en Lucha. Santiago, Chile.
- Lechner, N. (1984). *Notas sobre la vida cotidiana. Habitar, trabajar, consumir*. Santiago: Flacso.

- Lefebvre, H. (1974). "La producción del espacio", *Papers: Revista de Sociología*, núm. 3, pp. 219-229.
- Mangin, W. (1967). "Latin American squatter settlements: A problem and a solution". *Latin American Research Review*, 2, 3.
- Palmer, M. y F. Vergara (1990). *El lote 9x18 en la encrucijada habitacional de hoy*. Santiago: Ediciones Universidad Católica.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2012). *Desarrollo Humano en Chile. Bienestar subjetivo: el desafío de repensar el desarrollo*. Santiago: PNUD.
- Portes, A. (1976), "The Politics of Urban Poverty." *Urban Latin America: The Political Position From Above and Below*. Austin: University of Texas Press.
- Ramírez Kuri, P. (2008). "Pobreza urbana, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI: una introducción". En *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*, coordinado por R. Cordera, P. Ramírez Kuri y A. Ziccardi . México: Siglo XXI Editores.
- Roberts, B. y R. Wilson (coords.) (2009). *Urban Spatial Differentiation and Governance in the Americas*. Nueva York: Palgrave-Macmillan.
- Sabatini, F. (1997). "Liberalización de los mercados de suelo y segregación social en las ciudades latinoamericanas: el caso de Santiago, Chile". Documentos del Instituto de Estudios Urbanos, Serie Azul, núm. 14. Santiago: Universidad Católica de Chile. Ponencia presentada ante el XX International Congress of the Latin American Studies Association, LASA, Guadalajara, México, abril 1997.
- Sabatini, F. (2000). "Reforma de los mercados de suelo en Santiago, Chile: efectos sobre los precios de la tierra y la segregación residencial". *EURE*, vol. 26, núm. 77.
- Sabatini, F. e I. Brain (2008). "La segregación, los guetos y la integración social urbana: mitos y claves". *Eure*, vol 34, núm. 103.
- Sabatini, F. y M.P. Trebilcock (2014). "Exclusión socio-espacial en Chile: desigualdades, clasismo y mercados de suelo." En

- Exclusión Socio Espacial en Chile*. IX Mesas Hurtadianas (libro digital). Santiago: Universidad Alberto Hurtado.
- Sabatini, F. y G. Cáceres (2004). “Los barrios cerrados y la ruptura del patrón tradicional de segregación en las ciudades latinoamericanas: el caso de Santiago de Chile”. En *Los Barrios Cerrados en Santiago de Chile: Entre la Exclusión y la Integración Social*, coordinado por Gonzalo Cáceres y Francisco Sabatini. Santiago: Instituto de Geografía, PUC Chile.
- Sabatini, F. y G. Wormald (2004). “La guerra de la basura de Santiago: Desde el derecho a la vivienda al derecho a la ciudad”. *EURE* 30(91).
- Sabatini, F., G. Cáceres y J. Cerda (2001; 2004 en portugués). “Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción”. *EURE* 27(82). Publicado en portugués en 2004 en *Espaço & Debates* 24(45).
- Sabatini, F., D. Campos, G. Cáceres y L. Blonda (2006). “Nuevas formas de pobreza y movilización popular en Santiago de Chile”. En *de la pobreza a la exclusión: continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*, coordinado por G. Saraví. Buenos Aires: CIESAS, Prometeo.
- Sabatini, F., E. Rasse, P. Mora e I. Brain (2012). “¿Es posible la integración residencial en las ciudades chilenas? Disposición de los grupos medios y altos a la integración con grupos de extracción popular”. *EURE* 38(115).
- Sabatini, F., H. Vásquez, S. Robles y A. Rasse (2010). “Gentrificación sin expulsión, fuerza de transformación de las ciudades latinoamericanas: datos e interpretación para Santiago”. En *Tendencias de la segregación en las principales ciudades chilenas; análisis censal 1982-2002*, coordinado por F. Sabatini, R. Salcedo, G. Wormald y G. Cáceres. Santiago: Instituto Nacional de Estadísticas y Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Sabatini, F., G. Wormald, C. Sierra Ita y P. Peters (2009). “Residential segregation in Santiago: scale-related effects and trends, 1992-2002”. En *Urban Spatial Differentiation and Governance in*

- the Americas*, coordinado por B. Roberts y R. Wilson. Nueva York: Palgrave-Macmillan.
- Sabatini, F., G. Wormald, A. Rasse y M.P. Trebilcock (2013), *Cultura de cohesión e integración social en ciudades chilenas*. Santiago: Colección Estudios Urbanos Urbanos , UC.
- Sennett, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Smith, N. (1996). *The New Urban Frontier: Gentrification and the Revanchist City*. Londres: Routledge.